

sus novelas, se atrevió á introducir semejantes ficciones en las historias, desfigurando de tal modo las hazañas de nuestros grandes Capitanes, que los hechos, que contados sencillamente, como fuéron, despertarían el valor de quantos los leyesen, referidos con tantas increíbles añadiduras, solo sirven para excitar una estéril admiracion, ó tal vez la risa de los que miran su inverosimilitud. Y esto es lo que nota Cervántes en boca del Canónigo de Toledo, que encontró á Don Quixote quando le llevaban á su Aldea (iv. 284). Mosen Diego de Valera refiere, que habiéndose echado á dormir la siesta el Cid sobre unos escaños el día de las bodas de sus hijas, se soltó un leon y entró en la sala, de lo que se asustáron grandemente los infantes de Carrion sus yernos. Pero despertando el Cid, los reprehendió tratándolos de cobardes, y ató el leon sin dificultad ninguna. Solo quien estaba infatuado con los desvarios caballerescos podia pintar como posible, atar un leon, como quien ata un perro, y qualquiera hubiera tenido por loco á un hombre, que tratase de cobardes á los que huian de un leon. Estas fábulas bastarian, para desacreditar al Cid, si no supiéramos otros hechos ménos maravillosos, pero que prueban mas claramente su valor. Quizá tuvo presente esta historieta Cervántes, quando pintó la temeraria aventura de los leones (v. 264), con la qual y con otras temeridades que emprendió Don Quixote, y de que salió unas veces bien por pura casualidad, y otras mal por el órden regular de las cosas; ridiculizó las fabulosas valentías de las novelas caballerescas, que

admiraban los simples, y solo podian imitar los locos.

196. Pero aun los mismos autores de los libros de caballerías conocieron la inverosimilitud de estas proezas referidas como obras del valor de los hombres solamente, y por eso recurrieron á los encantamientos. Estos les servian, no solo para hallar una solucion fácil en los lances mas intrincados, sino tambien para hacer creibles las acciones que eran superiores á las fuerzas de un hombre. Nació esta quimera de la preocupacion, con que en los siglos de la ignorancia se creia maravilloso todo lo que no se comprendia á primera vista. Por esto, como ya se ha notado, luego que vieron que en los duelos particulares algunos campeones tenian armas de mucha mas fuerza que las de los demas concurrentes (efecto preciso de su mejor temple), como no conocian el mecanismo de esta causa, se diéron á creer que aquellas armas tenian una oculta virtud, que llamáron encantamiento. Las mismas leyes autorizáron esta preocupacion, mandando que los jueces hiciesen registrar á los combatientes, para quitarles las yerbas encantadoras, caso que las llevasen, y para precisarlos á jurar que no tenian mas. De este modo se abrió la puerta á los encantamientos, prestigios y hechos de armas portentosos é increíbles: y estas semillas fecundadas en la fértil imaginacion de los escritores de novelas, produxéron tantas y tan ridiculas extravagancias, que no es posible referirlas todas. De aquí salieron los palacios y jardines encantados, de aquí las transformaciones repen-

tinias, de aquí el quedar en un momento despojado de sus fuerzas un caballero el mas valiente y esforzado, y de aquí finalmente aquellos encantadores amigos ó enemigos que ayudaban ó impedían las proezas de los caballeros.

197. Por solo estar mezcladas con semejantes encantamientos las hazañas que referían las historias caballerescas, es preciso que fuesen del todo inútiles para excitar el valor. Pues ¿que valor hay en exponerse á las flechas del contrario, quando está uno cierto de que es imposible que penetren la coraza encantada con que está guardado el que las espera? ¿Y como ha de temer el sonrojo de salir mal de una empresa; el que tiene la excusa de que un encantador contrario estorbó su feliz éxito?

198. Estas reflexiones que qualquiera podia hacer leyendo los libros de caballerías, hubieran bastado, para hacer despreciables todas aquellas proezas y hazañas; pero el vulgo, enemigo siempre de reflexionar, los leía con el aplauso que lee en nuestros tiempos los Romances de guapos y bandoleros, llenos tambien de acaecimientos falsos é imposibles: y aun la gente mas culta se contentaba con el gusto que causa lo maravilloso, sin querer tomar el trabajo de exâminar lo cierto ó verosímil. Cervântes, para que las gentes conociesen lo ridículo de estas invenciones, sin el trabajo de reflexionar sobre ellas, y se convenciesen de que el verdadero valor no se funda en imaginaciones fantásticas, sino que nace de un ánimo noble, acostumbrado desde la infancia á

mirar la honra con mas aprecio que la vida, y persuadido de que esta se debe ofrecer gustosamente en sacrificio por la Religion, por la patria y por el Soberano, representó en el quadro de su fábula la fantasma del encantamiento con todos los aspectos, que habia tenido en los libros de caballerías; pero descubriendo su inverosimilitud en todos ellos.

199. Burlóse de los palacios encantados en la aventura de la cueva de Montesinos (v. 368), en que Don Quixote creyó haber visto á Durandarte, á Belerma, al mismo Montesinos y á otros personajes, entre los quales no olvidó á la señora de su alma.

200. De las transformaciones por encantamiento son repetidas y graciosas las burlas que se encuentran en el Quixote. La de los gigantes en molinos de viento (II. 104), la de los exercitos en rebaños de carneros (II. 265), la de Dulcinea en labradora (v. 156), la del Caballero de los Espejos en el Bachiller Sanson Carrasco, y su escudero en Tomé Cecial (v. 230), y la del que engañó á la hija de Doña Rodriguez en el lacayo Tosilos (VII. 139), son todas excelentes; pero sobre todas la del jaez en albarda, quando en la venta disputaba Don Quixote que la bacía era el yelmo de Mambrino (IV. 203).

201. Uno de los efectos maravillosos de los encantamientos era quitar repentinamente las fuerzas á un caballero, para estorbarle alguna hazaña; de donde tal vez tuvieron principio ciertos hechizos y aligaciones, á que aun en nuestros tiempos suele dar crédito el vulgo. La burla que

de esto hace Cervantes es muy oportuna. Don Quixote, viendo por las bardas del corral que manteaban á su escudero, quiso socorrerle; pero molido de los golpes del Moro encantado, y debilitado con la operacion del saludable bálsamo, ni pudo saltar las bardas, ni siquiera apearse, y al punto creyó que le habian encantado (II. 249). Mas para acabar de descubrir lo ridículo de tales sucesos, es menester ver el discurso que despues de esta aventura hace Don Quixote á su escudero, proponiendo buscar una espada que estorbe el efecto de los encantamientos como la de Amadis.

202. Con todo, ninguna de estas cosas disminuía tanto el mérito de las acciones de valor de los caballeros andantes, como el suponer que cada uno tenia un sabio encantador que le ayudaba y otro que se le oponia, semejantes en algun modo á los dos principios de los Maniqueos. Tales eran el sabio Freston, que, por favorecer á otro caballero su ahijado, perseguia á Don Quixote (II. 98), el que llevaba á este, segun él creia, en el barco encantado (VI. 86), y el que le pareció que estorbaba esta aventura (VI. 94), con otros diferentes de que se hace irónica mencion en el discurso de la fábula. Claro está que ayudados de estos encantadores podrian acabar los caballeros extraordinarias empresas; pero claro es tambien, que con este auxilio sus acciones heroicas mas eran obras de encantamiento, que pruebas de valor.

203. Y si para este no eran conducentes los libros de caballerías, mucho ménos lo eran para mantener el recato y honestidad propia de las

doncellas y matronas principales, pues los tales libros se puede con verdad asegurar, que son escuela de liviandad y desenvoltura, por lo qual Cervantes reprehendió discretamente en su Quixote los desórdenes de esta especie, que enseñaban y autorizaban semejantes novelas.

204. En los tiempos en que estaba recibida la apelacion por duelo, las damas combatian por medio de sus campeones, á los quales cortaban la mano en caso de vencimiento, y en algunas partes no condenaban á las mugeres á la prueba de agua ó hierro, sino quando no habia quien se presentase á defenderlas. Así la necesidad del combate judicial para las acciones y demandas, la poca confianza en los campeones mercenarios, y la flaqueza personal de las damas fueron causa de que estas obsequiasen y estimasen en mucho á los caballeros arrestados y valerosos, que podian ampararlas; y esta idea de proteccion tan lisonjera y tan conforme al gusto dominante, los inclinó á emprender voluntariamente la defensa de las mugeres nobles y hermosas. De semejantes ideas recibidas generalmente en aquel tiempo provino el amor caballeresco, esto es la ciega pasion de las damas por los caballeros valientes, y la veneracion idólatra de los caballeros á las damas.

205. Por estos pasos logró introducirse en Europa el espíritu de la caballería y del galanteo, y todos adoptaron con gusto sus principios, pero singularmente los nobles, que al fin así como no reconocian otra ley que su espada, tampoco tenían otro ídolo que su dama.

206. Estos fueron los Héroes que se propusieron los escritores en sus obras, las cuales diéron un prodigioso crédito al sistema de la caballería, porque sus copias excedían en mucho la extravagancia de los originales. *Las novelas de caballería* (dice un autor moderno) *lisonjéron el deseo de agradar á las damas, y diéron á una parte de la Europa el espíritu de galantería poco conocido de los antiguos. La idea de los paladines protectores de la virtud, de la debilidad y de la hermosura de las mugeres conduxo á la galantería, la qual se perpetuó con el uso de los torneos, que uniendo en sí los derechos del valor y del amor, la diéron mucha consideracion y aumento.*

207. Imbuidos pues los caballeros en las máximas que leían en estos libros, y que con su lectura estaban generalmente recibidas, miraban como obligacion precisa de todo noble tener una dama á quien consagrar sus acciones: obligacion la mas opuesta, no digo á la moral christiana, sino á la misma fe que profesamos.

208. La vanidad y el deseo de ser celebradas y servidas son las pasiones que mas dominan á las mugeres, y por consiguiente las mas capaces de hacerlas atropellar los términos del decoro y la modestia, virtudes características de su sexo. Por esto, para estorbar los peligros de unos galanteos tan públicos y autorizados por la costumbre, se vieron obligados los padres y deudos á guardar á sus hijas y parientas con medios mas rigurosos, que los que hasta allí habian bas-

tado, recurriendo á la estrecha clausura de sus casas y á la perpetua custodia de las dueñas.

209. Pero este remedio en vez de estorbar el daño, sirvió solamente para mudar su aspecto. Leían estas encerradas doncellas para divertir su soledad aquellos perjudicialísimos libros de caballerías; encontraban en ellos mil historietas amatorias, en las cuales los caballeros enamorados se pintaban como Héroes, y la facilidad y desenvoltura con que los escuchaban las doncellas, se trataba de justa correspondencia; y estas especies formaban en la imaginacion viva de las jóvenes unas ideas muy contrarias á la razon. Miraban su encierro como una esclavitud, á sus padres como unos tiranos, y su vida retirada como la mayor miseria. Fortificaban tal vez estas ideas las mismas dueñas á cuya custodia estaban encargadas, las cuales ó por ignorancia, ó por malicia les contaban cuentos de la misma moral que las novelas.

210. De tan perjudiciales principios se seguían ordinariamente lastimosas consecuencias, pues deseosas de ser estimadas, veneradas y aplaudidas, como aquellas que en los libros y cuentos eran celebradas, correspondían fácilmente y sin consideracion á las señas y mensajes que les enviaban los caballeros (perseguidores, baxo el título de defensores, de la honestidad) ganando con el soborno á los mismos domésticos y familiares. Seguíanse despues las conversaciones nocturnas en los terreros, proporcionando estos mismos desórdenes las dueñas, á quienes engañados los padres fiaban el cuidado de sus hijas: y

aun por eso vemos quan acordes están nuestros escritores en tratarlas de terceras.

211. De aquí resultaba muchas veces que los padres, llegando á conocer, aunque tarde, estos desórdenes, convenian tal vez, por no exponerse á otros inconvenientes, en matrimonios, que jamas hubieran aprobado en otras circunstancias. Otros tratándolas con mas dureza, las obligaban á dar la mano de esposas á personas que ellas miraban con aversion, ó las hacian por fuerza que entrasen Religiosas, á trueque de no tener un continuo sobresalto en su casa: y aunque estos males eran gravísimos, con todo solian producir otros de peor especie los amores clandestinos, protegidos y disimulados por las dueñas y por los escuderos de las casas.

212. Para conceder pues, que los libros de caballerías inspirasen máximas de recato y honradez á las doncellas, era menester cerrar los ojos y no ver estas funestas conseqüencias de sus principios y máximas: conseqüencias que no se siguiéron por pura casualidad, sino por una precisa conexi6n, atendido el carácter de los dos sex6s, y la humana flaqueza.

213. Pero no decimos por esto, que sea útil á las buenas costumbres criar á las doncellas principales con toda libertad, permitir las sin distincion todo trato y fiar de la prudencia, de una niña de poca edad el evitar por sí misma los peligros que se encuentran con frecuencia, aun en la sociedad y trato que parece mas inocente, pues para imaginarlo sería menester carecer de razon: y aun quando la razón no probara lo contrario,

lo probarian tristemente mil experiencias de nuestros dias. Lo que decimos es, que las máximas de los libros de caballerías eran muy contrarias al recato y á la honestidad; que en ellos se aprendia leyendo la disoluci6n que hoy se aprende tratando; y finalmente que la sátira de Cervántes contra los excesos de aquellos tiempos, no pudo ser de ningun modo causa de los que por camino contrario experimentamos en los nuestros.

214. Para evidenciar esta verdad será menester que recorramos brevemente todos los principales amores de que se habla en el Quixote. Y empezando por los de este con su señora Dulcinea (II. 18), verémos luego, que en ellos se ridiculiza aquella famosa preocupacion, de que todo caballero debia ser enamorado, pues ninguna otra razon tuvo Don Quixote para decir que lo estaba, sino seguir esta costumbre que juzgaba tan precisa. Esto se conoce claramente en su conversacion con Vivaldo (II. 175), así como en las juiciosas reconvencciones de éste se ve, quan sin fundamento y quan contra la Religion era esta preocupacion caballeresca. Alguno podrá decir que unos amores tan castos y plat6nicos como los de Don Quixote nada tenian de malo; pero nadie puede tener por bueno el creer, que todo caballero debe ser enamorado: y la experiencia nos enseña, que muchos galanteos, que se empiezan solo por vanidad, ó por hacer lo que otros hacen, suelen traer tan funestas conseqüencias, como los que son hijos de una pasion vehemente.

215. Al mismo tiempo que los caballeros mi-

raban á todas las damas como unas Porcias en la fidelidad y en el recato, á ese mismo creían cosa muy natural, que enamoradas de un caballero, le buscasen y se entregasen á él: de modo, que parece que la facilidad mas detestable no era liviandad, siempre que fuera un caballero el objeto á que se dirigiese. Á tanto llegaban los privilegios de la caballería. Este extravagante modo de pensar descubre Cervántes, quando el mismo Don Quixote, que con tanta acrimonia reprehende á Sancho, porque creía haber notado alguna familiaridad entre Dorotea y su esposo Don Fernando (IV. 226), ese mismo cree, que la hija del Castellano le viene á solicitar de noche (II. 227), y que la hija de un Rey á cuya Corte llega un caballero andante, es preciso que se enamore y entregue al tal caballero (III. 42.)

216. Esta persuasion del mérito intrínseco de los caballeros se extendió á creer, que un amante, por solo estar enamorado, era acreedor de justicia á ser correspondido: error que apoyaron y difundieron los poetas. El amor que tenia Grisóstomo á Marcela, es un retrato de las funestas consecuencias de tan necio principio; pero el razonamiento de Marcela es la mas juiciosa impugnacion de esta locura (II. 197).

217. No eran menores los daños que producía en las doncellas la lectura de los libros de caballería. Los padres temerosos de los perjuicios que podían seguirse á sus hijas con el trato de aquellos jóvenes, que no solo creían inocente la paga de sus amores, sino que se miraban como con un derecho para exigirla, se persuadieron á

que para defenderlas de este daño, era suficiente remedio el encerrarlas. Muchos han creído que Cervántes pretendió reprehender este retiro, y por eso le miran como autor de la desenvoltura y libertad de nuestros dias; pero los que así piensan, ó no han leído el Quixote, ó no le han entendido. Don Quixote, respondiendo á Altisidora en un Romance, la dixo estas quatro coplas, dignas de que las tengan presentes todas las madres (VI. 347).

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.

Suele el coser y el labrar,
y el estar siempre ocupadas,
ser antidoto al veneno
de las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas,
que aspiran á ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros,
y los que en la Corte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.

218. Esto mismo confirmó, quando dixo á los Duques la segunda vez que estuvo en su palacio, que el mal de Altisidora nacia de ociosidad, que la tuviesen ocupada, y se dexaría de amores (VII. 349). Lo cierto es que los inconvenientes

que se seguían de aquel encierro, no consistían tanto en el mismo encierro, como en que en él, en vez de estar empleadas en ocupaciones honestas é inocentes, se divertían en leer historias caballerescas, comedias y poesías amorosas, y con esta lectura se despertaban las pasiones, que no podía por sí solo extinguir el retiro. Este abuso da á entender Cervántes quando Cardenio refiere que Luscinda le pidió el Amadis (III. 109), y quando Dorotea dixo al Cura que habia leído muchos libros de caballerías (III. 232).

219. Llenas pues de ideas caballerescas, no se detenían las doncellas mas recatadas en tomar las mas arrojadas resoluciones. Véase esto retratado al vivo en la de Luscinda, que tuvo escondida una daga para matarse la noche de sus bodas con Don Fernando (III. 185), en la de Dorotea de ir á buscar al mismo Don Fernando, para vengar en él su deshonra (III. 219); pero mas trágicamente en el arrojado de Claudia Gerónima, que, por unos zelos mal fundados, dió muerte por su propia mano á su amante Don Vicente Torrillas (VII. 198).

220. Todos estos excesos provenían de que las doncellas deslumbradas con las agradables pinturas del amor que leían, se arriesgaban con facilidad al clandestino trato de las rojas y terreros, como lo muestran los amores de Doña Clara y Don Luis, siendo ellos por otra parte dos criaturas inocentes (IV. 170).

221. Seguíanse despues las solicitudes de los amantes, y las tercerías de las dueñas ó criadas, como se ve en los amores de Don Fernando (III.

(III.

(III. 208) y la historia de la Trifaldi (VI. 234), y de este modo se venían á encontrar las consideradas doncellas en los lances que no supieron precaver, de lo qual se arrepentían las mas veces, aunque tarde, pues su poca honestidad las obligaba despues á quedar deshonradas, ó contentarse con bodas desiguales y poco ventajosas. Así sucedió á la burlada hija de Doña Rodriguez, que se contentaba con casarse con el lacayo Tosilos (VII. 139); y así tambien á Leandra, que, despues de haber sido pretendida por los principales de su pueblo, se vió sola, abandonada y desnuda en una cueva, por haberse salido de casa de sus padres con Vicente de la Rosa, de quien se enamoró solo por ver su gallardía, y oír las mentidas proezas que contaba (IV. 314). En esto tambien se nota otro riesgo de la lectura de los libros de caballería, pues como en ellos se pintan la verdad y la constancia como prendas propias de los enamorados, las doncellas ignorantes creían verdaderas las protestas de los hombres; y estos consultando sus livianos deseos, y no las verdaderas reglas del honor, las abandonaban, como Don Fernando á Dorotea. Por eso quando Sancho encontró á la hija de Diego de la Llana fuera de su casa en traje de hombre (VII. 24), aunque conoció que todo aquello era una niñada, la reprehendió y amonestó, que no volviese á hacerlo, dando á entender las funestas consecuencias que suelen acarrear las libertades que parecen inocentes.

222. Tambien solía ser á veces inútil el recurso de la custodia y encierro para la guarda de las

doncellas, porque llegaba tarde. Bien lo prueba la historia de los amores de Cardenio y Luscinda, á la qual guardaron sus padres, despues que el trato de la niñez habia sembrado en su tierno corazon las amorosas ansias (III. 102). Lo mismo sucedió tambien con Quiteria, que ya estaba enamorada de Basilio, quando sus padres impidieron que le tratase (v. 299).

223. Solos estos pasages bastan para conocer que las máximas del Quixote, léjos de abrir la puerta á la desenvoltura y libertad de las doncellas, están continuamente reprehendiendo este abuso; y á esto mismo conspiran varias reflexiones que se encuentran esparcidas por toda la obra.

224. Tal es la que Don Quixote hizo hablando con Sancho, que extrañaba que Altisidora se hubiese enamorado de su amo, siendo tan feo: á lo que replicó Don Quixote, haciéndole ver, que el amor que se funda en la estimacion de las prendas del alma, es firme y verdadero; y el que solo tiene por objeto la hermosura exterior, ligero é inconstante (VII. 159.)

225. Tambien es oportunísima la reflexion del cabrero amante de Leandra, sobre que los padres dexen á sus hijas, que escojan á su gusto el que ha de ser su esposo, pero que no les propongan sino partidos buenos, para que no sea el antojo, sino la razon quien mueva su ánimo (IV. 312). Esto mismo apoya Don Quixote, yendo á ver las bodas de Camacho, con razones evidentes, haciendo ver que el capricho de las muchachas de ordinario se inclina á lo peor; y como la compa-

ña de los esposos dura toda la vida, ellas mismas se arrepienten, aunque tarde, de sus malas elecciones (v. 301.)

226. Quizá nos hemos detenido demasiado en referir los perjuicios que los libros de caballería causaban en las costumbres, y con quanta razon y prudencia los combatió Cervántes en su Quixote, pero todo era necesario para vindicarle del injusto cargo que han querido hacerle algunos críticos mas severos que justos. Cervántes tuvo gran juicio, y gran conocimiento del corazon humano, y así procuró, desterrando los libros de caballería, arrancar la raiz de innumerables vicios, que no eran, hablando con propiedad, un abuso que la malicia humana hacia de unas obras en sí buenas, como han pretendido algunos, sino una consecuencia precisa de los principios fundamentales de los referidos libros.

227. Mas como nuestro autor se proponia el verdadero objeto de la sátira justa, que es mejorar á los hombres, no se contentó con impugnar los vicios caballerescos, sino que de paso y segun le venia la ocasion reprehendió casi todos los defectos de las demas profesiones y estados, ó ya proponiendo y alabando á los que estaban libres de ellos, ó ya ridiculizando á los que en ellos incurrian.

228. Con esta mira puso varios exemplos de la hospitalidad, que es la que mantiene el trato y comercio de los hombres unos con otros, ya en el buen acogimiento que hicieron á Don Quixote los cabreros (II. 143), con quienes cenó, y pasó la noche que precedió al entierro de Grisóstomo,

ya en la afabilidad y cortes trato de Don Diego de Miranda y su familia (v. 278), ya en la afable generosidad del Canónigo de Toledo con quien comieron Don Quixote, el Cura y la demas comitiva al volver de Sierra Morena (IV. 297).

229. He citado estos exemplares, y no el magnífico recibimiento que tuvo en el palacio de los Duques (VI. 105), ó el que le hizo en Barcelona Don Antonio Moreno (VII. 223), porque en los primeros se ve una voluntad sencilla de acoger á un hombre forastero, y procurarle el alivio y descanso que no puede encontrar fácilmente el que está fuera de su patria ó domicilio, en lo qual consiste la verdadera hospitalidad; pero en los Duques y en Don Antonio lo que mas se descubre, es el deseo de divertirse con un loco y con un simple, graciosos ámbos en su línea.

230. No le faltó á Cervántes motivo para suponer de este carácter á los expresados Señores. En aquellos tiempos era muy comun la costumbre de mantener bufones para su diversion los Príncipes y Grandes, y se premiaba mucho mas la chocarrería de un juglar, ó el insulso chiste de un tuno que le hacia alguna burla, que los científicos descubrimientos de un sabio, y el laudable zelo de quien promovia sus estudios. Don Quixote discreto é instruido era objeto de compasion para el prudente Canónigo, que veia malogradas estas prendas por su loca caballería, y así procuraba tomar por instrumento su discrecion para desengañarle de sus extravagancias; pero los Duques y Don Antonio, como solo procuraban divertirse, fomentaban su manía, y hacian de modo que su

misma discrecion y buen discurso le enredase mas en el lazo de su locura.

231. Á la verdad es menester olvidarse de la caridad christiana y aun de la humanidad misma, para estimar mas la diversion frívola de oír, ó ver quatro dislates, que la salud y la razon de un individuo de nuestra misma especie. Entre algunos pueblos de nuestra Europa se tienen y miran como un sagrado las casas de locos: nadie entra en ellas que no contribuya á la curacion ó alivio de aquellos miserables. Costumbre digna de que se imitase en todas partes, cortando el inhumano abuso de que entren todos los que quieran á divertirse con hablarles de sus locuras, confirmándolos mas en ellas. Lo que mas debe admirar en este asunto, es que muchas gentes, que son naturalmente tiernas y compasivas, suelen sin embargo gustar de tan bárbaro recreo, lo qual procede sin duda de no considerar á los locos como enfermos, y creer que porque rien, comen y nada les duele, no son acreedores á nuestra lástima: error que nace, como otros muchos, de las falsas ideas que se reciben en la crianza.

232. Esta es la principal fuente de la felicidad ó infelicidad de los hombres y de los Estados. Así lo conocia Cervántes, y así lo manifiesta en varios pasages, pero con especialidad en el discreto razonamiento en que dice Don Quixote á Don Diego de Miranda (v. 249): *Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres. A los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de*

la buena crianza y de las buenas y christianas costumbres, para que quando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad.

233. Sabia tambien nuestro autor, que la crianza que mas importa es la de la nobleza, y por eso en el citado razonamiento hace decir á Don Quixote: *No penseis que yo llamo vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea Señor y Príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo.* Pero no ignoraba que para la felicidad completa de un Estado es necesario que la buena crianza sea general, y que el pueblo se crie sin aquellas preocupaciones y resabios, que le separan de las ocupaciones en que debe emplearse, ó le estorban los adelantamientos que pudiera lograr.

234. Deseando Cervántes abrir los ojos á sus compatriotas sobre un punto tan esencial, hizo un catálogo de los barrios ó sitios que habia en casi todas las ciudades de España, para servir de acogida, y aun de escuela de tunos y de vagos, en la enumeracion de los lugares de sus aventuras, que hace el ventero que armó caballero á Don Quixote (II. 30), y tambien en la pintura de los que mantearon á Sancho Panza (II. 248).

235. De la falta de crianza se siguen, como hemos dicho, muchas preocupaciones. Los hombres mas racionales y valientes, si los han criado metiéndoles miedo, suelen sentir en el primer encuentro que tienen con las cosas de que se servian en su niñez para amedrentarlos, un cierto

movimiento de pavor, que para vencerle es necesario recurrir al valor y á la reflexion. Esto se ve pintado muy al vivo en la entrada de la Dueña Rodriguez en el quarto de Don Quixote, quando este la creyó bruja ó fantasma (VI. 373).

236. Otra preocupacion, que produce malas conseqüencias, es el creer en agüeros, error muy antiguo, pero que está grandemente impugnado en el Quixote. Sale este caballero de casa de los Duques, y encuentra á unos hombres que llevaban varias efigies de Santos á caballo para un retablo. Las mira y las descifra, y quedando despues solo con su escudero le dice, *que el haber encontrado con aquellas imágenes, era para él felicísimo acontecimiento* (VII. 155).

237. De aquí toma pie Cervántes, para notar la inclinacion que tenia la nacion entónces á los agüeros, inclinacion tan ignorante como nociva. Hace que Don Quixote, aun siendo loco, se burle de estos necios agoreros, que mudan de camino si encuentran en él alguna cosa que les parezca infausta, ó se cubren de melancolía si se les derrama la sal: como si la naturaleza estuviera obligada á advertir las desgracias venideras con estas casualidades. La Religion y aun la razon sola basta para abominar esta credulidad supersticiosa, y así Scipion Africano y otros muchos Héroes, con sola la luz de la razon, no solo han despreciado estos acontecimientos casuales y frívolos, sino que los han aplicado diestramente á sus intentos, haciendo servir á ellos la credulidad é ignorancia del vulgo. Aquí se ve que Cervántes estaba libre de las preocupaciones de su siglo, y

que supo conocerlas, publicarlas y reprehenderlas con el tiento y circunspeccion que pedian aquellos tiempos: por lo qual merece mas gloria que algunos escritores de nuestro siglo, porque mucho ántes, y sin tener igual libertad que ellos, corrigió los mismos abusos.

238. Tambien lo era, y nacido de la misma causa el creer sobrenaturales todos los acacimientos que pasaban algo de la linea de los comunes, ya fuesen de aquellos fenómenos, que aunque naturales, necesitan para su produccion una combinacion de causas que concurren raras veces; ó ya fuesen efectos de la destreza del que los producía, ocultando el verdadero principio, con cuyo conocimiento hubieran parecido frialdades las cosas que suspendian como prodigios.

239. En la aventura del mono adivino se burla Cervántes de esta ignorancia, quando Don Quixote dice á Sancho, que aquello no puede ser natural, sino por arte del diablo, por lo qual extrañaba que no le hubiesen delatado (VI. 32). Y con razon lo extrañaba, pues en aquellos tiempos bastaba para delatar una cosa el no entenderla, como lo hace ver tambien en la aventura de la cabeza encantada de Don Antonio Moreno (VII. 240), la qual fué preciso desbaratar, aun despues de haber visto la friolera en que estribaba el prodigio, porque *el vulgo ignorante no se escandalizase*, pues era tanto el número de los necios preocupados, que por mas que hubiesen querido desengañarlos, siempre hubieran quedado muchos, que, cerrando los ojos á la razon, la hubieran mirado como obra del demonio.

240. Pero es muy de notar el fundamento que tiene Don Quixote para decir que no pueden ser naturales las respuestas del mono, que es porque ni él ni su amo sabian alzar figura. De modo que al mismo tiempo que miraban entónces como maravillosos y fuera del órden natural los sucesos mas comunes, creian que habia una ciencia que enseñaba á adivinar lo futuro, considerando el aspecto de los astros, que esto era lo que llamaban Astrología judiciaria. Con ella se andaban por el mundo varios holgazanes alzando figuras, engañando á los simples y sacándoles el dinero. El cuento que refiere Don Quixote del que adivinó el color de los perritos que pariria una perra (VI. 33), es una graciosísima burla de estos embusteros, y de la ignorancia de los que les daban crédito.

241. Esta misma ignorancia y falta de educacion producía, y aun actualmente produce entre los pueblos vecinos disensiones, disputas y querrellas. Muchas de ellas proceden de pretensiones particulares sobre términos ó derechos, y estas son inevitables; pero otras muchas no tienen mas fundamento que el mal modo, hijo de la mala crianza. De aquí nace el ponerse apodos y nombres ridículos, y muchas veces de tan despreciables principios se encienden discordias y enemistades que suelen costar mucha sangre.

242. Todo esto lo vemos en la aventura del rebuzno (VI. 18), en que se nos pintan dos pueblos armados, y en disposicion de darse una batalla por un suceso despreciable, que tomado en chanza hubiera servido á unos y otros de

BIBLIOTECA DE CIENCIAS Y LETRAS
UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1912

materia de risa. Las razones con que Don Quixote les manifiesta la necedad de su furor, aunque estan mezcladas con ideas caballerescas, son muy discretas y prudentes (VI. 65), y en ellas hace ver tambien, quan errados caminan los que hacen cargo, ó censuran á todo un cuerpo de los delitos y desórdenes de alguno, ó algunos de sus individuos.

243. Estos y otros defectos, que nacen de la falta de educacion, intentó corregir Cervántes, pero en los mas graves y perjudiciales procuró que la reprehension fuese mas fuerte, ó contrapuso los sugetos defectuosos á otros que no lo fuesen, para hacer amar la virtud y aborrecer el vicio.

244. Ya hemos hablado del Religioso (VI. 130) que reprehendió públicamente á Don Quixote y al Duque, estando á la mesa. Si examinamos lo que pretendia este Eclesiástico, veremos que su fin no podia ser mejor. Apartar á Don Quixote de la locura de ser caballero andante, reduciéndole á que se volviese á su casa, y persuadir al Duque, que divertirse en seguir á un loco su manía, es ser mas loco que él, fueron las dos cosas que intentó el buen Eclesiástico. Pero lo quiso conseguir á fuerza de reprehensiones y dicitorios, y esto delante de la familia, con lo qual convirtió una pretension justa en tema ridícula é importuna. Por el contrario el Canónigo de Toledo (IV. 283), con quien comió Don Quixote en el campo, vistió todas sus reconvenciones y cargos con la urbanidad y cortesía propias de la buena crianza, y aunque no logró curarle, porque

no es fácil curar á un loco, á lo ménos no le irritó como el Religioso.

245. Siempre se han mirado como partes de la crianza el aseo y las atenciones ó cumplimientos; y así no olvidó Cervántes recomendarlas en su fábula.

246. En quanto al aseo, compostura y decencia de las acciones exteriores, son muy dignos de aprecio los consejos segundos (VI. 296) que dió Don Quixote á Sancho ántes que se partiese al Gobierno. Pero para hacer conocer que estas reglas se han de aprender con la costumbre desde la infancia, y que los que no se crian con ese cuidado, quando quieren tenerle, incurren en afectaciones ridiculas, hizo Cervántes que, quando Don Antonio trataba á Sancho de desaseado (merced al Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda), respondiese Don Quixote por él (VII. 225), diciendo, que *en el tiempo que fué Gobernador, aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los granos de la granada.*

247. En quanto á la urbanidad no es necesario citar pasage alguno, pues en toda la fábula está brillando siempre esta virtud, la qual es utilísima y aun necesaria para la sociedad y trato de unos con otros, quando la regla y mide la prudencia; pero quando no está arreglada por esta, degenera en importunidad insufrible. Para corregir este molestísimo exeeso de cumplimientos, es muy oportuno el cuento que contó Sancho en casa del Duque sobre sentarse á la cabecera de la mesa, en el qual reprehende tambien la ne-